

EL ZULIA ILUSTRADO

REVISTA MENSUAL

TOMO I.

MARACAIBO: 30 DE ABRIL DE 1889

NUM. 5

EL ZULIA ILUSTRADO

Director y Editor: B. LOPEZ RIVAS

EL VAPOR MARACAIBO

LOS vapores de la línea RED D, que hacen dos viajes mensualmente entre La Guaira, Puerto Cabello, Curaçao y Nueva York, no pueden, por

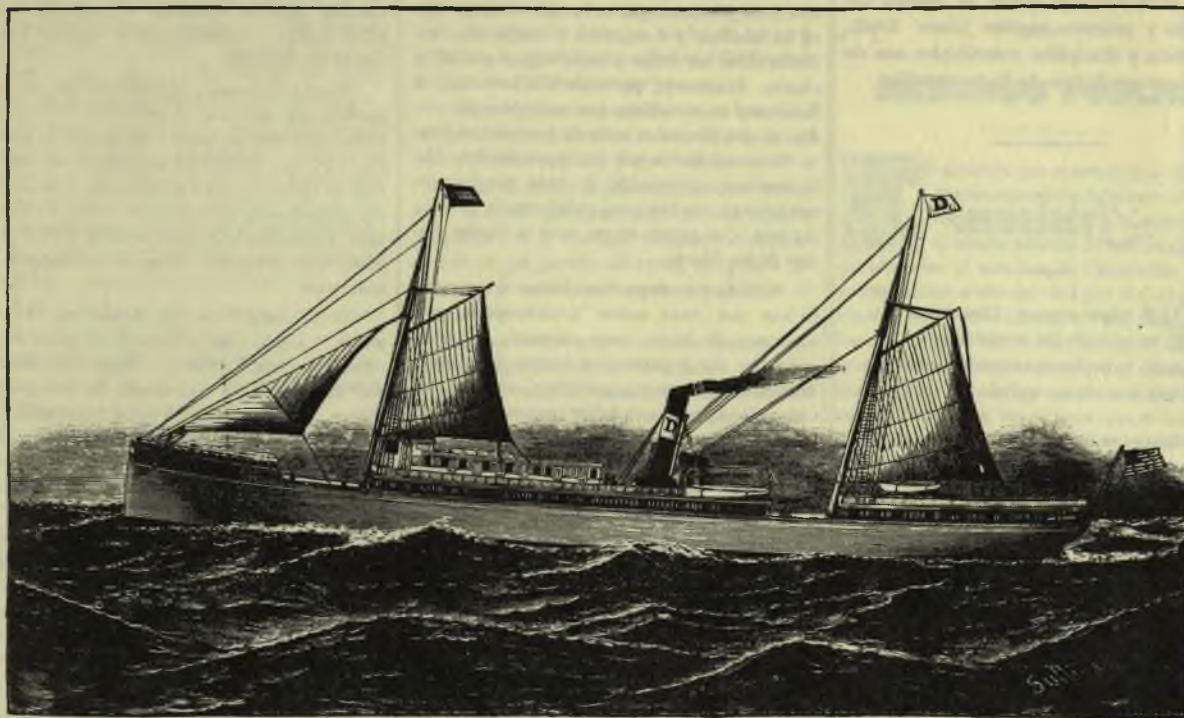
causa de su calación, pasar la barra que cierra nuestro cómodo y anchuroso puerto á los buques de gran porte y que constituye la mayor rémora de nuestro progreso: fue, pues, preciso que la misma línea estableciese buques de vapor de calación adecuada para sacar los cargamentos de Maracaibo y trasbordarlos en Curaçao á los grandes vapores, recibiendo á la vez de éstos la carga de Nueva York para esta plaza.

En ese tráfico vimos al principio los vapores *Pico* y *Maracaibo*, ambos de hierro: el primero naufragó en las costas de Coro,

y el segundo fue vendido y reemplazado con el excelente, y sólido vapor *Maracaibo*, con casco de madera, que viene desempeñando la carrera entre este puerto y la vecina antilla holandesa hace ocho años, habiendo hecho en ese tiempo 192 viajes.

Éste, á su vez, va á ser reemplazado por un nuevo buque de vapor de mayor capacidad y de mejores condiciones, con ser tan buenas las del actual.

El nuevo vapor, cuyo elegante corte y disposición exterior pueden apreciar nuestros lectores por el grabado de esta misma pági-



EL NUEVO VAPOR "MARACAIBO" DE LA LINEA "RED D."

na, llevará también el nombre de MARACAIBO, y en breve surjirá en las tranquilas aguas de nuestra bahía.

El casco del nuevo vapor es de madera, pero de una construcción especial que ofrece mayor resistencia á los choques que suelen sufrir en la barra los buques que la atraviesan.

Tiene 250 pies de largo y 44 de ancho; cala 10 pies con 12,000 sacos de café, 10½ pies con 14 á 15,000 sacos; y tiene una capacidad total de 11,600 barriles, que equivalen á 18,000 sacos, más ó menos.

En cuanto á comodidades para pasaje-

ros, tiene un gran salón en la parte media del casco; en ese salón hay dos mesas de comer con veinticinco asientos giratorios cada una; y alrededor del hermoso comedor, están situados doce cómodos camarotes de primera clase, con dos camas cada uno.

Del salón, parte una ancha y elegante escala que conduce á la sala de tertulia, contigua ésta al cuarto de fumar. Todos los departamentos mencionados quedan en la parte media del buque, donde es menos sensible el movimiento.

En la cubierta y delante de los anteriores departamentos quedan cinco camarotes

para diez pasajeros de primera clase, el cuarto del capitán y junto á éste la casilla del timonel.

Hacia la popa hay otro salón con una mesa central para diez personas, y alrededor ocho camarotes para dieciséis pasajeros de primera clase: de este saloncito parte una escalera que conduce á la despejada cubierta ó castillo de popa que tiene ancho campo para paseo.

En la parte posterior del buque quedan los camarotes para pasajeros de segunda clase: tres para mugeres con seis camas, y tres para hombres con el mismo número de

camas, ambos departamentos completamente separados é independientes entre sí.

Tiene, pues, el nuevo vapor, amplia y cómoda habitación para cincuenta pasajeros de primera clase y doce de segunda.

La máquina del nuevo vapor MARACAIBO es de triple expansión y desarrolla una velocidad de once millas por hora, que es la marcha calculada para la carrera á que se le destina.

El *Maracaibo* actual sólo puede cargar 10,000 quintales ó sean 7,600 sacos, calando con ellos 10½ pies á proa y 10¾ á popa, y el nuevo MARACAIBO, con esos mismos 10½ pies de calación, podrá cargar de 14 á 15,000 sacos, ofreciendo, además, mucho mayor espacio para las operaciones de carga y descarga, más amplitud en los camarotes y mayor número de éstos; camarotes de segunda clase de que carecía el anterior, camas y abrigo más que suficientes para la tripulación, numerosos y bien situados *waterclosets* para las diversas categorías y departamentos, y una distribución general más elegante y confortable, ventajas todas muy apreciables para nuestro comercio y para los viajeros.

La hermosa nave queda al mando del entendido y práctico capitán James Reith, cuya pericia y disciplina constituyen una de las mejores garantías de la navegación.

Tristeszas.

QUÉ tristes suenan, Dios mío,
en mi oído las campanas
cuando la noche se extiende
en la tierra de las palmas;

Entonces todos reposan,
yo sola velo callada,
y voy contando las horas
hasta que clarea el alba.

En tan profundo silencio
todo me asusta y espanta:
el susurro de la brisa,
el quejido de mi alma.

No pienso nada risueño
en tan sombrías veladas,
y, sin embargo, quisiera
que fueran largas . . . muy largas!

¿Por qué velo? yo lo ignoro:
mas, cuando la noche pasa,
no me vuelve la ventura
con la luz de la mañana;

Y aunque la brisa del día
seca en mis ojos las lágrimas,
quiero que vuelva la noche
con sus tristes campanadas . . .

TERESA.

Maracaibo: 1888.



LA JUSTICIA HUMANA.

UNA muger vendada, con una balanza en una mano y una espada en la otra, representa á Temis, diosa de la Justicia. Y hembra había de ser, y machete había de cargar, para hacer más de cuatro diabluras por sí, y servir de especioso pretexto para mil y más.

El suceso que vamos á referir, probará nuestro aserto, mejor que pudiera hacerlo la disertación más laboriosa y concienzuda sobre este asunto.

Tuvo lugar, hace muchos años, en Maracaibo, cuando estaba aún en construcción *La Gallera*, que dio este nombre al vecino callejón donde aconteció el siniestro.

Este callejón de *La Gallera* se extiende de Norte á Sur; parte, siguiendo una dirección tortuosa, de los canchilones que forman el cauce de la Cañada Nueva, y termina en la orilla del lago, cortando en ángulo, más ó menos recto, las calles que atraviesa.

En toda su extensión ofrece un lecho de arenas que acarrearán las lluvias, teniendo aquellas, como ventajas de una trascendencia incalculable: primero, el echar á perder la bahía; segundo, el sepultar las casas que encuentran á su paso; tercero, el de ofrecer un mullido lecho á los peatones, que se hundan en ellas hasta los tobillos, y si transitan á medio día, hacerles echar los hofes y sudar á gota gorda; y cuarto, finalmente, por amor á la brevedad, el levantarse en remolinos que envuelven la ciudad en una fantástica nube de oro, vista á cierta distancia, herida por los rayos del Sol, con la oportuna cooperación de otras muchas que suministran muchos otros callejones de la misma laya, que guarda en su seno la donosa ciudad de los Maras.

No faltará un impaciente lector ó temeraria lectora que crean ociosa la descripción que acabamos de hacer; pero nosotros, creyendo oportuno dar á conocer el teatro de nuestra historia, seguimos sin pestañear, como si tal cosa, y los autorizamos suficientemente para que hagan, piensen y digan lo que mejor les cuadre; que para algo ha de servir el que seamos liberales de la más pura escuela.

Falta todavía que se sepa, que el patio del Hospicio, cercado de tapias, comprende, por el lado del mencionado callejón, casi una cuadra; que terminaba en esquina hacia la calle de las Ciencias en una sombría casa de enea, donde se ve ahora un hermoso edificio de piso bajo hacia adelante y con una pieza de alto por detrás; y que sólo tenía paralela á su frente y hacia el medio, una miserable casucha, también de enea. En el resto del callejón, hacia arriba, había algunas que otras, muy distantes entre sí.

Todas las noches transitaba por allí un señor, á quien llamaremos don Pascual, asiduo visitante de una familia que vivía casi al frente de la parte del convento de San Francisco convertida hoy en Colegio Nacional, en una gran casa de techo pajizo, como la generalidad de las habitaciones, para entonces, en la ciudad.

Horas de grato solaz pasaba allí don Pascual, arrellenado en un sillón de baqueta guarnecido con cintas de tafete que había sido encarnado, sujetas con brillantes tachuelas de cobre, y provisto de brazos ó pasamanos y de su indispensable copete, que ofrecía la última expresión de la época en el arte de tallar en madera. Tal cual muestra gloriosa de estos historiados sillones se suele encontrar, relegada

al polvo del olvido, como militares de la Independencia, en algún rincón de sacristía.

En aquel mueble de tan recomendables prendas, don Pascual, recostado á la pared, con un pie apoyado en el travesaño de armadura y cruzado el otro sobre la pierna, apuraba su chocolate de despedida, hundiendo en el espumoso y aromático líquido dorados trociscos de bizcocho, que retiraba humeantes y saboreaba luego con clásica voluptuosidad.

Entre tanto, una de las señoritas de la casa recorría sus ágiles dedos, armados de uñas postizas de plumas de escribir, por el alabrado del bíblico instrumento músico inmortalizado por David, tan popular en Maracaibo, que constituía una originalidad.

La Batalla, pieza que remedaba un combate en el que se oían toques de corneta que ordenaban variadas evoluciones, redobles de caja, descargas cerradas, fuego graneado, estampidos de cañón, etc. etc.; y *El Minué*, cuyos compases requerían, al bailar, una gravedad estrada y señorial, eran las composiciones predilectas del obligado concertulio.

Una noche en que, además de don Pascual, se hallaban reunidos algunos otros amigos de la familia, el cielo empezó á encapotarse de una manera que infundía pavor.

El trueno resonaba lejano, y relámpagos multiplicados alumbraban los objetos con una claridad fatídica, marcando el contorno de las nubes negras y apiñadas que se alzaban lentamente del Noroeste.

El reloj de la casa, montado en una caja de madera que ocultaba el péndulo y las pesas, tenía una forma de capilla encima de la muestra, con una puertecita central; y al dar la hora se abría aquella rápidamente, y asomaba una paloma que, moviendo el cuello de alto á bajo, y remedando el arrullo de la tórtola, repetía tantos sonidos cuantas horas marcaba el indicador.

En el instante de que hablamos, dio las nueve. Á poco, un soldado de la guardia de cárcel, buscaba á tientas, á causa de la oscuridad de la noche, y con recelo de llevarse un chasco de los que solían jugar los muchachos traviesos de la parroquia, la cuerda que colgaba del campanario al suelo, para dar las horas, y que unas veces rozaban cerca del badajo, de tal modo, que al primer tirón quedase en la mano, ó bien ataban á la extremidad, alargada por otra cuerda, algún paciente jumento por una pata trasera — con perdón sea dicho — que, al separarse respetuoso por la aproximación del militar, tiraba de la susodicha, pataleando desesperadamente y ocasionando un toque á rebato; debiendo darse por bien servido si no hacían una cosa peor, que ponía de un humor de todos los diablos al agredido. Pero la noche á que nos referimos, no ocurrió ningún desaguisado; el soldado llenó concienzudamente su misión, y las nueve campanadas se destacaron en el espacio lentas, desiguales y más sonoras que de ordinario, á causa de la humedad atmosférica.

Para entonces carecía la ciudad de los dos excelentes relojes públicos que hoy posee, gracias por el uno de cuatro muestras al Municipio, y por el otro al señor Antonio Muñoz Pérez.

Don Pascual se puso de pie, tomó su sombrero y, abrochándose hasta el cuello el *incroyable*, salió de la casa enjugándose el sudor con el pañuelo, que conservó aplicado á la cara hasta llegar cerca del extremo del solitario y oscuro callejón, diciendo á media voz:

—Está lloviendo por Monte-Claro.

Hacia este lugar poseía él un hato, y allí cargaban las nubes y de allí venían frescas ráfagas impregnadas de cierto olor de tierra mojada y de yerbas aromáticas de los bosques.

—Si mañana hace buen día — agregó — iré por allá.

—No irás — dijo de repente un desconocido, poniéndose delante y asestandole una terrible puñalada.

Don Pascual lanzó un grito sobrehumano de suprema angustia, tendió los brazos hacia adelante y cayó por tierra anegado en su sangre que salía á borbotones por la ancha herida, murmurando:

—Miserable! ya te conocí.

El agresor echó á correr, sin dejar más que confusas huellas en la mullida arena.

La señora de la casa que don Pascual acababa de dejar, herida quizá por algún presentimiento, había permanecido cuidadosa cerca de la puerta, y oyó el grito de agonía de la víctima.

Llamó inmediatamente á la criada y la envió con un farol al punto donde había oído el grito que creyó reconocer.

Poco tuvo que andar aquella: muy cerca de la esquina y casi al medio del callejón, yacía inmóvil el que, momentos antes, lleno de vida había salido de casa de sus amas.

La esclava deja escapar el farol de entre sus manos y, corriendo como una loca y saltándose del casco los ojos, que blanqueaban rodando en sus órbitas, resaltando sobre su atezado rostro desencajado, refiere con excitación, en su lenguaje bozal, lo que ha visto.

La familia, consternada, envía á avisar á la casa del desgraciado don Pascual, mientras los hombres que habían permanecido, se trasladan conmovidos al lugar del siniestro, que dio motivo á varios comentarios y diversas congeturas.

Pronto salieron de dudas los interesados en averiguar quién hubiese sido el asesino.

Don Pascual no estaba muerto; pero sí tan gravemente herido, que, trasladado á su casa, apenas tuvo tiempo para declarar que, días antes, había hecho castigar en el hato á un esclavo suyo, á quien nombraremos Tomás, y que había reconocido á éste á la luz de los relámpagos, por un sombrero de anchas alas que él le conocía, la estatura, la falda de la camisa de color oscuro por fuera del pantalón, y esta última parte de su traje también oscura, como habitualmente usaba el negro.

Dicho esto, don Pascual espiró.

Inmediatamente la autoridad se traslada al hato mencionado: pregunta por el acusado, y se presenta éste con todas las muestras del más vivo terror, manchado de sangre el vestido, cuyas señales coinciden con las que se habían indicado; y, por último, en su aturdimiento, contesta intempestivamente que no ha sido él el asesino de su amo.

¿Cómo sabía el suceso? Para mayor abundamiento, se le encuentra encima un gran cuchillo ensangrentado: los peones, en movimiento, habían descubierto un sudadero húmedo y uno de los caballos de la casa con las trazas de haber hecho un viaje precipitado.

Á la luz de los hachones, examinan las huellas y encuentran que, siguiendo el camino de Maracaibo, se ven éstas profundamente grabadas, correspondiendo al casco del caballo sudoroso.

Los sirvientes de la casa, dormidos desde temprano, nada han sentido.

Con tales antecedentes, la autoridad conduce aprisionado al reo, y le instala en un ca-

labozo de la cárcel pública, para entonces existente en el sitio donde hoy se mira la espléndida Casa de Gobierno.

El juicio continuó activamente: la opinión pública había pronunciado su fallo y aguardaba el desagravio por parte de la JUSTICIA HUMANA.

El defensor adoptó un plan de defensa que respondía satisfactoriamente á los cargos cuya injusticia se encargó de comprobar el tiempo más tarde.

Consistía en lo siguiente:

El negro Tomás, encariñado con una mugercita que había visto realizado en él su bello ideal, no desperdiciaba ocasión de significarla su gratitud por haber reconocido sus méritos.

Así, pues, se expuso á recibir, y recibió por ella, la felpa que don Pascual le asignó y que, como se ha visto, le fue fatal por más de un motivo.

Y en la noche del suceso que venimos relatando, tuvo también la maldita su buena parte, como causa; y lo vamos á ver.

En la tarde, mientras *aviaba* las cabras, nuestro pobre don Juan Tenorio le echó el ojo al cabrito más gordo del corral, y concibió la idea, que se aplaudió interiormente calificándola de admirable, de hacer con él un sacrificio propiciatorio á la señora de sus pensamientos.

Bajo esta inspiración, despachó con brevedad sus quehaceres, y apenas oyó los primeros sonoros ronquidos de prima noche, de sus compañeros, se levantó á las calladas, dirigiéndose á poner en planta su proyecto.

Á este fin, tomó el cabrito cuya hora fatal había marcado el destino, le benefició á la ligera y enterró la piel y partes inútiles.

Luégo se dirigió al *potrero*, provisto de un poco de malz, que zarandaba en una totuma, atrayendo con el tentador sonsonete el hermoso caballo que pastaba allí cerca, lo aperó á toda prisa y montó, colocando en el anca el fruto de sus afanes.

Por una vereda salió al camino real, y allí descargó algunos latigazos al caballo, que partió á galope tendido, hasta llegar, en menos de una hora, á una de las pocas casuchas que dijimos existían en el callejón del suceso, donde cabalmente habitaba la prenda de su corazón.

Apenas había tenido tiempo el desdichado para apearse, presentar su ofrenda y refrescarse en el chinchorro que la benévola mano de Mariana, así llamaremos la cuya, le tenía preparado con el carácter de permanente; apenas habían cruzado algunas frases regañonas, en señal de supremo carifto, cuando tuvo lugar el acontecimiento de que nos ocupamos, que puso en alarma todo el vecindario.

El esclavo fue, pues, de los primeros que tuvieron conocimiento del caso: se encontraba á pocos pasos del sitio donde cayó la víctima, y aun pudo oír el grito que lanzó.

Asombrado y fuera de sí, monta de nuevo á caballo, le excita con los talones y descarga en su anca y cuello una lluvia de latigazos con el bejuco que había conservado pendiente de una correa atada á la muñeca, y parte disparado como una flecha, hasta cerca del hato donde echó pie á tierra: volvió la bestia con gran sigilo á su puésto, así como los aperos de que había hecho uso, dirigiéndose, por último, á su cama, procurando siempre no hacer el menor ruido.

No tardó mucho en llegar la autoridad; y ya sabemos lo que sucedió.

El defensor trató en vano de probar la cohartada: un solo testigo, inhábil por los

vínculos que le ligaban al acusado, vínculos que las leyes castigaban entonces severamente, era el único que podía producir.

Las presunciones morales eran desfavorables al reo, pues que había sido castigado discrecionalmente por su amo, por abijeato, y su defensa estaba basada en el mismo delito.

Así fue que el tribunal le condenó á diez años de presidio, debiendo ir á cumplir su condena en La Habana.

Cinco años más tarde, uno de los presidiarios, condenado por homicidio al cerrado de San Carlos en Maracaibo, se revolcaba en una miserable estera de enea, tendida en un calabozo, presa de una violenta enfermedad.

En tal estado, y rodeado de numerosos amigos, confesó espontáneamente, dando muestras de un sincero arrepentimiento, que había sido él el asesino de don Pascual, asalariado por un señor, á quien nombró, que seguía una litis por intereses con aquél, teniendo éste pocas probabilidades de buen éxito.

La JUSTICIA no pudo reparar su fallo: cuando trató de suspender la condena, el desgraciado esclavo había sucumbido, agobiado por los trabajos forzados.

RAMÓN LÓPEZ

Cúcuta: 19 de Octubre de 1871.

MERCADO PÚBLICO

El grabado que aparece en la siguiente página representa fielmente lo que fue hasta hace pocos años el edificio para el abasto público de esta ciudad, conocido con el nombre de *Ventorrillos Viejos*, construido en el año de 1816 por el Gobernador español don Pedro González Villa, hombre de buenas costumbres, y émulo, según dicen los que le conocieron y trataron, del célebre rey don Pedro, por lo que respecta á justiciero; pues es de pública voz y fama que el Gobernador Villa calzaba algunos puntos en materia de rectitud de carácter y acuciosidad en sus funciones de Magistrado; y por ende, amigo de ajustar á sus gobernados, ricos y pobres, nobles y plebeyos, á una misma medida; por lo que, si no miente la tradición, esa semejanza debemos encontrar en nuestro Gobernador con el noble Rey llamado "El Justiciero."

Mas, sea de ello lo que fuere, es lo cierto que Villa acometió la empresa de construir un edificio que llenase las necesidades del abasto público, y que ese edificio, que en aquellos tiempos debió parecer soberbio y magestuoso, lo llevó á feliz término el solícito Magistado con el subsidio de las Rentas de la Gobernación y con la valiosa ayuda de los individuos reincidentes en faltas comunes, á quienes hacía trabajar en la obra por todo el tiempo que duraba la condena, según lo ameritaba la falta cometida; y así se nos dice que era digno de ver á todos los escandalosos amigos de empinar el codo, á los vagos y mal entretenidos, á los rateros y demás gente por la laya, entregados durante el día á las duras y diversas faenas de la construcción de aquella obra pública. Asegúrase también que los navegantes del lago, y principalmente los dueños de embarcaciones costaneras, contribuyeron en gran parte con la cooperación que el Gobernador les exigía de maderas, bejuco, caña brava y demás materiales necesarios; esto, de acuerdo con los recursos y posibles de cada

uno. De esos medios se valió el Gobernador español para llevar á cabo la obra de sus ensueños, que pasó á la posteridad como un recuerdo, ó como un ejemplo, digno de imitarse, de lo que pueden el propio esfuerzo y la perseverancia, cualidades que pasan á ser virtudes en el hombre, cuando le guía la buena intención en el sentido de mejorar la suerte de sus semejantes.

Concluido el edificio, fue destinada su renta al Hospital de Caridad; calculándose en unos seiscientos bolívares el producido mensual.

Su forma era la de un cuadrilongo ó rectángulo, teniendo sus lados más largos al Este y Oeste; su construcción, de horconadura y bahareque con cubierta de tejas. Había en el centro dos series de celdillas llamadas ventorrillos, porque estaban destinadas á la venta de víveres, licores y mercancías al detal (las situadas al Este), y á fondas, depósitos y venta de carne las que quedaban hacia el Oeste; al rededor de esas celdillas había un ancho pasa-

dizo cuyo alar descansaba sobre pilares labrados de madera. El edificio ocupaba una parte del área que comprende el actual mercado.

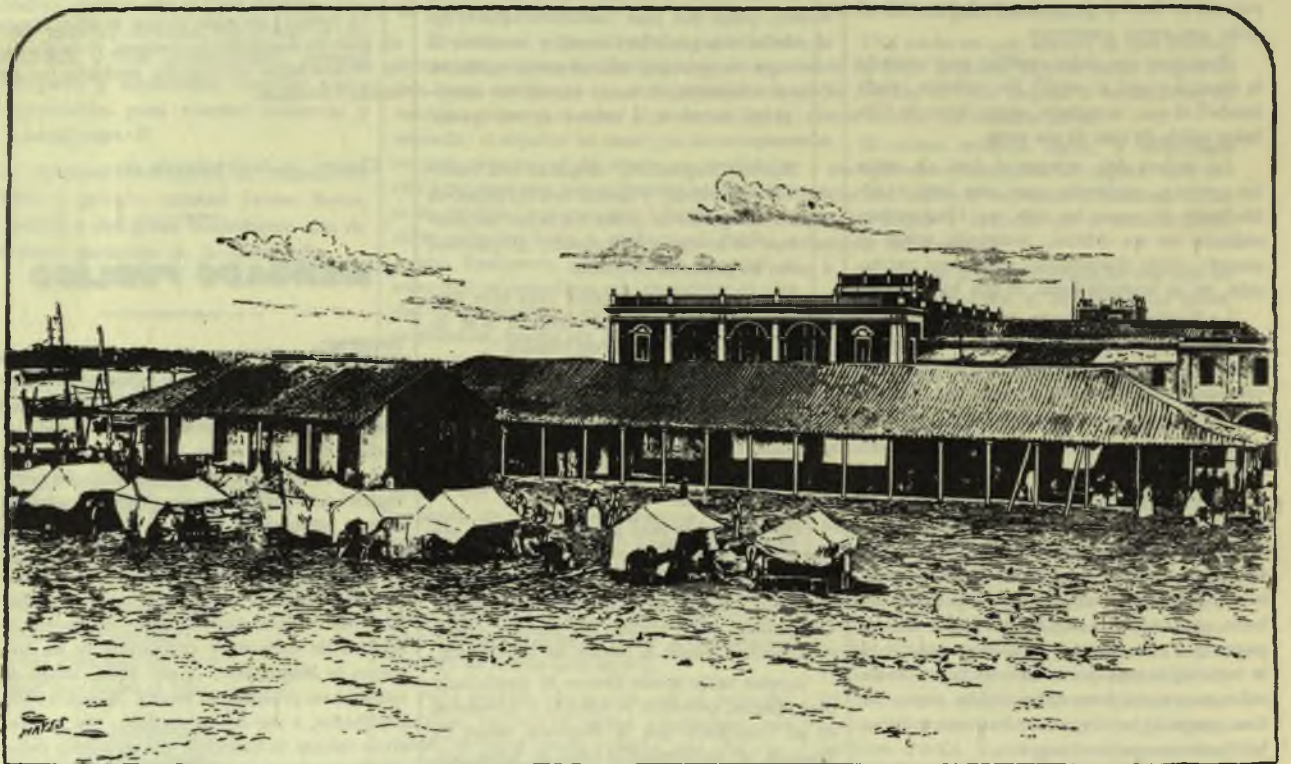
Posteriormente se construyó un trozo de edificio, de la misma estructura y condiciones, por particulares, en dirección paralela al de Villa, y que comprendía siete ventorrillos situados tal como se ve en el grabado.

Con el trascurso de los años y con el impulso que las nuevas ideas comunicaron al país, después de nuestra emancipación, se hizo cada día más patente la pobreza arquitectónica y la insuficiencia de aquel edificio para llenar las necesidades del abasto público, pues que el aumento de población trajo consigo el progreso en todas sus manifestaciones, y, como consecuencia, el aumento de la pública riqueza. Necesario fue, pues, pensar en reemplazarlo ó en ensancharlo convenientemente; y ya en el año de 1849, el Gobernador don Juan C. Hurtado decía en su Memoria presentada á la Diputación Provincial:

« El mercado que existe en esta ciudad dice de la civilización, riqueza y buen gusto con que está dotada esta capital. Él es una obra imperfecta é incapaz para contener los artículos de consumo que sufren extraordinariamente, ya con el sol, ya con las lluvias, en un clima tan ardoroso. Es de absoluta necesidad la formación de un mercado sencillo, cómodo y elegante que costaría de 4 á 5,000 pesos.»

En 1866 el general Jorge Sutherland, Presidente del antiguo Estado Zulia, hizo construir el edificio de mampostería que actualmente vemos entre el Muelle y la Casa-Aduana, hacia el Este, con el objeto de proporcionar más campo y espacio á las negociaciones del abasto público, y desde entonces denominose este edificio *Ventorrillos Nuevos*, en oposición al de Villa, que dijimos ya fue llamado *Ventorrillos Viejos*.

En 1872 el general Venancio Pulgar, Presidente también que fue del mismo Estado,



MARACAIBO. — Vista del antiguo Mercado.

pensó en construir un hermoso mercado que costara 600,000 bolívares, en el lugar de la calle de la Marina denominado *Puerto del Piojo*; y al efecto, destinó la cuantiosa renta de sal, empezándose los trabajos con gran aparato y actividad: arquitectos, alarifes criollos y extranjeros, maestros carpinteros y peones, todo lo había allí en grande escala; pero la guerra que terminó con la caída de Pulgar, paralizó la obra, quedando reducida á los cimientos de mampostería que aun hoy se ven en aquel punto. Se nos asegura que representan una suma invertida de más de *doscientos mil bolívares*!

Pasaron algunos años sin que ninguna nueva manifestación se hiciera; apenas una que otra ligera refacción á la obra de Villa, cuando por ella clamaban los inquilinos de las celdillas, en resguardo de los propios intereses en ellas depositados. La necesidad del ensanche crecía cada día, y ello fue causa de que se establecieran primeramente unas como tiendas pe campaña, que llamaban *toldos*, destinadas á

la misma clase de efectos venales que contenían los ventorrillos; posteriormente fueron reemplazados aquéllos, con permiso del Concejo Municipal, con casillas de madera: de unos y de otras nos ocupámos en cierta ocasión, empleando los siguientes ó parecidos conceptos:

« La penosísima labor del toldero consistía en levantarse á las cuatro de la madrugada, ó antes, para llegar á tiempo de cargar los parapetos y lonas del toldo, armar la casa, arreglar los víveres y chucherías para la venta, alumbro por los tenues resplandores de un mal farol.

« Y eso fuera nada, si á lo mejor del tiempo no se presentara un aguacero que diera cuenta y razón del toldo, del toldero y sus especies!

« Á las once ó á las doce del día, después de haber soportado el resol consiguiente á la clausura de albergue, levantaban la tienda y su corotaje, que volvían al depósito en hombros del propio dueño ó sobre un asno.

« Las tiendas volantes fueron reemplazadas por casillas de madera; pero éstas, como se

comprenderá fácilmente, no llenaban el objeto deseado, por su reducida localidad, por el calor sufocante que en ellas se sentía, por la inseguridad de los intereses, y, por último, por razón de ornato público y por necesidad de un edificio más consensado con el progreso alcanzado.

« Al contemplar esa hilera de casillas multicoloras, á los primeros albores de la mañana, ó á la roja luz del crepúsculo vespertino, cualquiera se hubiera creído en presencia de una de esas pintorescas estaciones balnearias ó de uno de esos pueblos lacustres de nuestra laguna.»

Pero las casillas de madera también tuvieron su término; que los hombres, las cosas, las instituciones, todo cambia: todo está sujeto á las mudanzas del tiempo, á los rigores de esa ley de transformación universal.

Las casillas fueron á formar un nuevo mercado en la calle de la Marina, orillas del lago, donde se hace el abasto de leña, carbón, pasto, etc. etc.

En el año de 1884 cursaban en el Concejo Municipal de esta ciudad tres proyectos ó proposiciones para la construcción de uno ó más mercados; presentados, uno por el señor Antonio Aranguren, como apoderado y representante del señor general Venancio Pulgar; otro, por el señor José Jiménez, como Presidente de la Sociedad Mutuo Auxilio, quien, en sus anhelos progresistas, quiso que esa Corporación acometiese la empresa por el sistema de acciones; y otro, en fin, por el señor Felipe Garbiras, en su propio nombre. De la discusión de todos ellos resultó la aprobación del proyecto presentado por el último de los nombrados, por reunir, á juicio del Concejo, condiciones más ventajosas para la comunidad.

Ya la prensa y el clamor público se pronunciaban por la demolición del antiguo edificio y por la desaparición de los toldos y casillas; y el Concejo Municipal, inspirado en esos sentimientos, decretó la demolición, fundado en la nueva empresa que se acometía.

Con esa genial perseverancia que le caracteriza como empresario, Garbiras allanó cuantos obstáculos é inconvenientes se le presentaron, y al fin pudo dar principio á la obra en 15 de Febrero de 1885, bajo la dirección del inteligente artesano bachiller Manuel S. Soto, autor del plano, corriendo á cargo del maestro Manuel B. Noriega los trabajos de albañilería; y púsose al servicio público en 29 de Marzo del año siguiente.

La construcción es de horconadura y bahareque, pero sólida; comprende una extensión de 72 metros por el lado del Sur, 66 por el Norte, 53 por el Oeste y 50 por el Este; contiene en su recinto 60 ventorrillos para la venta de víveres, licores y mercancías al por menor, y 198 puestos ó sitios, convenientemente separados, para los innumerables productos de consumo diario que afluyen de nuestras costas y sabanas, variedad que hace considerar á nuestro mercado como uno de los primeros de Venezuela, por los viajeros que nos han visitado.

Entre las más notables mejoras que contiene, cuéntase el cambio de las antiguas y mugrientas mesas para la expendición de la carne por piedras de mármol; y más que todo, el aseo general que se observa en su interior.

Costó este edificio 160,000 bolívares, aportados por un grupo de personas respetables de esta ciudad. Ha pasado á ser propiedad de la Sección la mitad de la empresa, por compra que hicieron los señores doctores Gregorio F. Méndez y Alejandro Andrade, en sus respectivas administraciones. Se estima en cuatro mil bolívares mensuales el producido líquido de su renta total.

El grabado que se exhibe de ese edificio, da al lector cabal idea de lo que es exteriormente.

Terminamos estas líneas, escritas á exjencia del señor Director de esta importante publicación, y hacemos constar que de intento hemos silenciado las diversas peripecias que se presentaron en la realización de esta obra; porque, á la verdad, esas son contingencias de todos



MARACAIBO. — Vista del nuevo Mercado.

los pueblos, que vemos en sus anales; y, por lo que hace al nuestro, sírvanos á todos de satisfacción, que no es refractario al impulso del progreso, y que hoy, como ayer, reconoce la importancia y utilidad del nuevo Mercado público.

M. SÁNCHEZ PEÑA.

Maracaibo: 23 de Abril de 1889.

LA MEDIA NOCHE A LA CLARIDAD DE LA LUNA.

En ninguna parte la Naturaleza nos penetra más de un sentimiento de su grandeza: en ninguna parte ella nos habla más y más fuertemente que bajo el cielo de la América.

Opacos horizontes,
y rumor de aircillos y cantares,
y sombras en los montes,
y soledad dulcísima
en la tierra infeliz de los palmares;
y allá lejos la luna que se encumbra,
y un cielo azul de porcelana alumbrá;

Y en el lago sin brumas
la onda medio caliente entumecida,
coronada de espumas,
sonando melancólica:
y como tregua ó sueño de la vida
en el hogar del hombre; y como inerte
la creación, y el sueño como muerte.

La gran Naturaleza,
ó vacila ó se asombra, y muda y grave,
pálida de tristeza,
ve sus astros inmóviles....
Suspensión de la vida, que no sabe,
maravillada el alma, si le asusta,
ó le place por quieta ó por augusta.

Tal es, sobre su coche
que silencioso por el orbe rueda,
la extraña media noche
de las regiones índicas:
así, al tañer de la campana, queda,
su voz oyendo por el aire vago,
la ciudad de las palmas en el lago.

Aquí empieza el imperio
de esas visiones sin color ni nombre
que en inmortal misterio
guardan las noches tórridas.
Aquí no alcanza á comprender el hombre
la cifra ó la razón de cuanto mira,
ú si despierto está, sueña ó delira.

Tánta trémula estrella
que de rubjes el espacio alfombra,
tánta roja centella
que con la luna pálida
penetra y brilla en la nocturna sombra,
causa son de terror, causa de duelo,
si ya la media noche sube al cielo.

¿Quién sabe por qué crece
entonces el penacho de esa palma,
y el viento la remece
y la despierta súbito,
y, á su voz, el concierto y dulce calma
de la noche se rompe, cual si fuera
hablando una palmera á otra palmera?

¿ Quién sabe por qué luégo
se vuelven las conchuelas con la luna
margaritas de fuego,
y cuando boga rápido,
sonriendo de su espléndida fortuna,
nauta feliz que ansia por cojerlas,
ni conchas halla, ni radiantes perlas?

¿ Quién sabe, quién alcanza
por qué se cieme la nocturna nube
con monstruosa semblanza,
y, envuelta en sombras tétricas,
desciende al llano, á la colina sube,
para mostrar después, como un tesoro,
el plateado cendal con fimbria de oro?

Mentira! bajo el peso
de tanta maravilla, grita el mundo.
Acaso será eso....
Pueda que los fantásticos
prestigios de la luz, tras el profundo
rumor que alcanzan los vientos que campean,
finjan visiones, y mentiras sean;

Pero algo está escondido
que bulle y vive y lúgubre se extiende
al solemne tañido
de ese cristiano símbolo.
Algún prodigio el hombre no comprende
en esas altas horas; algo existe
de indefinible, pavoroso y triste.

No es que la noche ayude
los Genios á salir de sus recintos;
no la mar se sacude,
ni murmuran los céfiros,
ni del santuario los dorados plintos
caen sonando, ni la sombra pasa,
ni el trueno zumba, ni la luz abraza.

Mas, con todo, á tal hora
brotó, se desvaneció, canta, gime,
brilla, se descolora,
azota el aire trémulo,
empaña el éter, la materia oprime
una sombra, una luz, un sér, ¿quién sabe!
que llena el orbe y que en la chispa cabe.

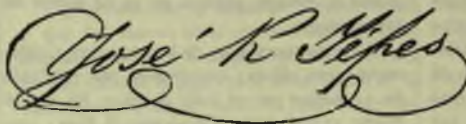
Entre el hombre que piensa
y los astros que alumbran, se descurre
como una cosa inmensa,
impalpable, magnífica;
y cuando la parduza y vieja torre
su postrimera campanada vibra,
de eso como infinito, ¿quién se libra?

Sálve, augusto misterio,
que encierras tan hondos arcanos:
en tu silente imperio
de sonidos insólitos,
y de pálidas luces, y de vanos
pavorosos fantasmas, todo es triste
y se transforma todo cuanto existe.

Mas la razón del hombre,
al impulso inmortal del sentimiento
instintivo y sin nombre,
penetrará recóndita,
ó explicarse querrá con noble aliento,
ese mundo invisible que reposa
oculto entre la noche silenciosa.

Soledad de desierto
y rumor de airecillo en los fragantes
limonares del huerto;
y en el azul vivísimo
rubias estrellas, fuegos vacilantes
y claridad de luna que se encumbra
y hasta el sombrío limonar alumbra.

Tal es, sobre su coche
que silencioso por el orbe rueda,
la extraña media noche
de las regiones indias;
así, al tañer de la campana, queda,
su voz oyendo por el aire vago,
la ciudad de las palmas en el lago.



VENEZUELA.

EL MUNDO ANIMAL EN LA CUENCA DEL RÍO ESCALANTE.

Traducido del alemán.

El Escalante, río que nace en las cordilleras de Mérida, desemboca en el lago Maracaibo, después de atravesar la llanura del Zulía.

Esta inmensa llanura, que abraza la parte Sur del lago, está algunos pies más alta que el nivel del mar, y en toda su extensión medran árboles corpulentísimos; es decir, forma una selva virgen, lozana, y tan llena de vida y magestad, que excede cuanto la imaginación puede forjarse de más exuberante. Numerosos ríos cruzan esta región agreste; multitud de lagos y pantanos constituyen, en medio del bosque, innumerables y pintorescos claros. Contados caminos con algunos ríos navegables sirven de vías de comunicación entre varios ríos de la costa y las regiones de la sierra, existiendo diseminadas á lo largo de esas vías algunas tierras de cultivo con solitarias viviendas, y unas pocas aldeas; pero éstas suelen estar separadas por grandes arboledas, patria y albergue de muchas clases y especies de animales, que el viajero montado en su cabalgadura apenas divisa.

En las horas más calurosas del día domina en aquellas espesuras un silencio opresor, ofreciéndose á los ojos del viandante gran número de insectos, especialmente mariposas de vivísimos y brillantes colores, que en apretada mole revolotean en torno suyo, buscando con preferencia los sitios húmedos.

En las curvas del río se presentan tipos nuevos, así de animales como de vegetales. Cada árbol es un mundo animado: por todos lados resuena un concierto inimitable de voces de los más desemejantes seres del reino zoológico; así como se observa una extraordinaria animación entre los cañaverales y demás plantas acuáticas, pues allí pululan diversas especies de aves de río y pantano, tales como el vitor ó rey de las codornices, las gallináceas, etc., etc.

Luégo aparece una isla flotante formada de un tronco de árbol colosal, envuelto en multitud de plantas trepadoras y otras, que va arrastrando consigo; isla ocupada accidentalmente por un buen número de urracas blancas que se destacan sobre el fondo oscuro, produciendo magnífico efecto, pero que huyen hacia la orilla así que nosotros nos acercamos, posándose sobre otros troncos.

De repente pasa por encima de nuestras cabezas una bandada de pelicanos color de rosa, que atraen nuestras miradas hasta que les perdemos de vista, pues produce un efecto brillantísimo la línea rosada que forman aquellas aves bajo la azulada bóveda celeste, iluminada por un sol espléndido. Fijándonos nuevamente en el río, vense á

corta distancia algunos bultos negros, parecidos á raíces de árboles sobresaliendo del agua, pero que desaparecen con la mayor rapidez al aproximarse á ellos la embarcación que nos lleva: son caimanes, animal tan común en estos ríos; y á pesar de que ningún daño suelen hacer, les disparamos algunos tiros, perdiéndose nuestras balas, pues no han dado en el blanco. Luégo nos sobrecoje el ruido de una pesada masa que cae al agua, seguido de otros ruidos análogos: lo han producido los cabibazas, especie de cerdo que habita á orillas de los ríos de la América española y que se baña en ellos, el roedor mayor que se conoce, y que probablemente huyen de las garras de una onza ó pantera americana, animal mucho más pequeño que la pantera, y también menos carnívoro y traidor. Las onzas, muy numerosas en las selvas sud-americanas, al igual de otros afines suyos, ofréncense muy raras veces á la vista del hombre, pues le temen en gran manera.

Prodigioso es el número de aves de brillante plumaje que habita las regiones de la América española, distinguiéndose especialmente entre ellas el arrendajo (*Cassicus persicus*), de color amarillo y negro, tanto por su viveza como por los silbidos que continuamente lanza al espacio. Construye el arrendajo su nido en forma de bolsa colgante en la extremidad de las ramas que lamen las aguas del río, y no parece sino que constantemente se está disputando con sus compañeros y vecinos.

Los colibrís, joyas del mundo alado, juguetean por en medio de las sueltas y magníficas guirnaldas de follaje, de las orquideas, y bromelias, saltando de flor en flor con la rapidez del pensamiento.

También descubre de vez en cuando el ojo práctico al trogón, sentado tranquilamente entre las más tupidas ramas, y cuyas plumas están matizadas de verde y oro, ó bien algún tucán de pico disforme que grita su *Dios te dé*.

Inútil es decir que abundan en aquellas regiones las aves de rapiña, y que durante nuestro viaje tuvimos ocasión de presenciar sus encarnizadas luchas, y hasta lográmos ver la mayor de todas, llamada *arpiá*, la cual establece su vivienda en las más empinadas copas de los árboles de la selva virgen, desde donde probablemente acecha algún *perceoso*, mamífero que trepa á un árbol y no le abandona mientras queden hojas en él.

Nuevo é interesante espectáculo vuelve á llamar nuestra atención. En las ramas de un árbol colosal divisamos una multitud de monos mugidores, de pelo rojizo oscuro, columpiándose en las lianas, mientras que algunos de sus compañeros se mantienen agazapados sobre las ramas ó suben y bajan con gran cachaza; pero, al vernos, toman

prudentemente el partido de huir, internándose en el bosque.

Durante nuestro dilatado viaje encontramos varias cuadrillas de estos monos; y nunca se borrará de mi memoria la impresión que me produjo su horripilante concierto, ejecutado con un tono y seriedad peculiares de esta especie. A veces todos callan, como si obedeciesen á una señal dada; luego se oyen, á modo de introducción, algunas notas cortas y lúgubres parecidas fonéticamente á *u, u, u*, y al cabo de un rato la cuadrilla rompe en un coro extravagante, mugiendo con tal fuerza, que toda la selva se estremece, cual si redoblaran en ella cien tambores á la vez ó se desencadenara una tempestad de truenos. Estos monos se diferencian de cuantos habitan las selvas vírgenes de Venezuela, así por la rapidez de movimientos como por su instinto juguetón.

Al medio día la tranquilidad es general en aquellas regiones, pero al descender el Sol hacia su ocaso, renace la vida, repitiéndose las escenas de la mañana; y cuando la noche tiende su negro manto sobre la espesura, entonces aparecen los animales amantes de la oscuridad, entre ellos la espantosa plaga de los mosquitos, que, durante el día, apenas se nota.

A. GOERING.

(Artista y viajero alemán.)

Nuestros Orígenes.

DESCUBRIMIENTO. — CONQUISTA. — EPOCA COLONIAL Y EMANCIPACION POLITICA DEL ZULIA.

Gonzalo Fernández de Oviedo Valdés

PRIMER CRONISTA DEL NUEVO MUNDO

DESPUES que el gobernador Ambrosio tuvo su gente junta en el lugar de Pauxoto, mandó requerir todos los pueblos, que por allí á la redonda avia de la generacion de los pacabuyes, é óvose de presentes y ranchados mas de veynete mill castellanos en el espacio de ocho dias. Y estando en aquel pueblo de Pauxoto, supo el gobernador que quatro leguas de allí estaban otros indios, enemigos de los pauxotos, llamados *haraacañas*, gente de flecheros con hierba; é determinó de yr con alguna gente á ver qué hombres eran aquellos. Y un dia en la tarde, passado el rio, fué á dormir en el camino; y los indios ya sabian que los chripstianos yban, é tenian sembradas por donde avian de pasar á ellos muchas puas de flechas hincadas en tierra y untadas con hierba y sotilmente cubiertas y escondidas, en las quales toparon las guías y se hirió un hombre dellas.

Parésceme que esta gente rústica y salvaje, que ya que no tiene noticia de aquellos tribolos ó brojos de hierro, de que traéta Vegecio, que no ynoran totalmente los ardides ó engaños de la militar disciplina.

Otro dia siguiente, á hora de visperas, llegaron los chripstianos á un pueblo que estaba partido en tres barrios, y en todos tres avia doce buhíos ó casas, y encima de uno dellos estaba un muchacho puesto por atalaya; y como vido á los chripstianos, dió grandes voces, por las quales, amonestados los indios, encontinente se pusieron en armas é hirieron á Esteban Martín, lengua, é á otro chripstiano passaron el brazo é murió de ahí á tres dias; y si el Este-

ban Martín no se supiera curar, tambien muriera.

En este pueblo prendieron cinco ó seys indios y mataron tres ó quatro; mas entre aquellos indios ningund oro se halló, sino mala hierba en sus flechas. Desde allí dió la vuelta el gobernador y fué á dormir en el camino, é otro dia llegó á Pauxoto, y acordó de enviar al capitan de su guarda, que se llamaba Íñigo de Vasuña, á la cibdad de Coro é á la villa de Maracaybo por mas gente con veynete y quatro hombres que le dió, y que llevase el oro que hasta allí avian ganado, que serian treynta mill pesos. Y assi partió de allí con los compañeros y oro que digo, dia de los Reyes, seys dias de enero de mill é quinientos y treynta y dos años (6 de Enero de 1532); y mandó el gobernador al capitan Casamyres que lo acompañasse con cierta gente de á pié y de caballo tres jornadas, hasta salir de la tierra de los pacabuyes, é assi se hizo. Y tornándose Casamyres, prosiguió el capitan Vasuña su camino, del qual nunca se supo hasta el tiempo que adelante se dirá, por un compañero español que se halló después desnudo hecho indio.

Después que el capitan Casamyres tornó, el gobernador se partió de Pauxoto, y fué á un pueblo questá ocho leguas de allí, el qual se dice *Thamara*, que assimesmo es de pacabuyes; y en el camino pasó por otros quatro pueblos, animándolos á la paz. Esta poblacion de Thamara es grande y tiene mas de mill buhíos, é los indios esperaban á los chripstianos fuera del pueblo, y no venian á hablar al gobernador, porque no se fiaban de los nuestros, ni por amonestacion alguna no quisieron venir; por lo qual el gobernador los mandó ranchear, y estaban entre unas lagunas é rios metidos en muchas partes: é dando muchas veces en ellos, é prendiendo algunos, determinaron de se volver al pueblo, é dieron al gobernador algund oro, aunque no fué mucho, porque todo lo tenían escondido y enterrado, sabiendo que los chripstianos lo procuraban.

Aqueste pueblo de Thamara está junto al rio que se dixo de susso llamado Xiriri, é allí luego entra en una laguna grande, que tiene de ancho quatro ó cinco leguas, la qual falta poco que no çifre todo el pueblo con el rio. Es aquella poblacion mejor é mayor que los chripstianos han visto en aquellas partes, y está en alto, y goça de muy buenos ayres, é tiene alrededor muchas savanas é muy poco monte. Dentro del pueblo hay unos árboles altos á manera de robles muy hermosos, que los crían los indios y ponen á mano donde les conviene, para adornar y haçer sombra á sus plaças é casas; é hay assimesmo muchas naranjas, no tan perfectas como las de España, pero suplen por ellas y tienen gentil agro. Hay muchas guayabas é mucho pescado é bueno, é mucha caça de perdiçes, yvanas, y grand multitud de venados. Los veçinos deste pueblo por la mayor parte labran oro, é tienen sus forjas é yunques é martillos, que son de piedras fuertes: algunos diçen que son de un metal negro á manera de esmeril. Los martillos son tamaños como huesos ó mas pequeños, é los yunques tan grandes, como un quesso mayorquin, de otras piedras fortísimas: los fuelles son unos canutos tan gruessos como tres dedos ó mas, y tan luengos como dos palmos. Tienen unas romanas sotiles que pessen, y son de un hueso blanco, que quiere paresçer marfil; y tambien las hay de un palo negro, como ébano. Tienen sus muescas é puntos para crescer y menguar en el peso, como nuestras romanas: pessen en ellas desde peso de medio castellano, que son quarenta é ocho granos, hasta un marco, que son çinqüenta castellanos, que es ocho

onças y no mas; porque son pequeñas romanas.

Al rededor deste pueblo de Thamara hay otros muchos á una y dos y tres y quatro leguas; pero no tan grandes como Thamara, que son como sus casales ó aldeas: y acuden á Thamara de todos ellos y de otras muchas partes, como á pueblo metropolitano ó cabeça de la provincia. Allí estuvieron el gobernador Ambrosio y su gente dos meses y medio, sin que alguno de los chripstianos adoleçiesse: antes le juzgaron por el mas sano de quantos pueblos vieron, é donde mas niños avia.

De allí se partió esta gente á los diez dias de abril de aquel año de mill é quinientos é treynta y dos (10 de Abril de 1532), é fueron á dormiriá otro pueblo que se dice *Conçeçuça*, questá tres leguas de Thamara, en la costa de la misma laguna; pero los indios no atendieron, ni se halló cosa alguna en el pueblo.

De allí passaron á otro que se llama *Compachay*, que es poblado de otra generacion de indios, á los quales llaman *condaguas*, en el qual tampoco hallaron persona alguna. Este pueblo está en la vera de un rio muy grande, y de la otra parte del agua avia muchos pueblos; y los indios deste pueblo, puesto que estaban alla recogidos, fueron á ellos con una canoa dos indios de Thamara, que el gobernador envió á les decir que se viniessen á sus casas é quisessen ser amigos de los chripstianos asegurándolos que ningund mal les sería hecho, é que si no lo haçian, que los españoles passarian allá y les hañian guerra é quanto mal pudiessen, no obstante que esto no lo podian haçer, assi como los amenaçaban; porque el rio tiene un quarto de legua de ancho, é corre con tanta velocidad, que con mucho trábxo le puede atravesar una canoa por su grand corriente.

Pero hecha la embaxada, vieron otro dia quatro canoas pequeñas, y en ellas nueve ó diez indios, y presentaron al gobernador hasta dosçientos pesos de muy buen oro, y él los desçibió con mucho plaçer y les hizo buen tractamiento. Y les preguntaron por las lenguas que qué pueblo avia de allí adelante, háçia la parte austral, y respondieron que tres leguas de allí, el rio abaxo, por unas savanas, estaba un pueblo que se dice Çumiti, y aviase de passar un estero para yr á él que avian de llevar el agua hasta los sobacos; y deçian que era mayor poblacion que la de Thamara, y que allí les darian mucho oro; y que de la otra parte del rio, enfrente deste, avia otro pueblo que se llama Çuyandio, ó segund otros Çuandi, el qual es muy famoso é nombrado en mas de çient leguas; y questo Çuyandio es muy grande, y tura la poblacion dél tres jornadas de andadura desta manera: que saliendo de un barrio con muy poco intervalo entran en otro, é de aquel en otro, é assi se continúan muchos barrios, é todos á vista unos de otros. É deçian assimesmo que mas adelante, la via del Sur, avia muy grandes poblaciones todo de çondaguas, é ques tierra de muy grandes savanas é arroyos muchos, de los quales sacaban el oro. Esto se tuvo por nueva çierta, y era muy público entre todos aquellos indios; pero á causa del rio, no lo pudieron ver los chripstianos. É deçian mas de los indios de Çuyandio, que tenian tanto oro, que si allá passasen los chripstianos, no tenian en que lo traer, aunque muchos mas caballos llevassen é á ellos é á los hombres cargassen dello.

Estos indios çondaguas son ricos é de grandes pueblos, é çerca unos de otros; pero no supieron entender los nuestros donde se acaban, ó que tanta es la generacion de los çondaguas. La mayor parte desta gente traen las caras negras de pintura fixa, que jamas se

les quita ni se les puede quitar, porque la pintura, como en otra parte he dicho, es sacándose sangre, cortando el cuero con ciertos pederiales ó espinas, punzándose y poniendo cierto polvo ó carbon molido allí; de tal forma que tura tanto quanto turan sus vidas y hasta que se pudra la pintura con el cuerpo. Algunos destes tiran con hierba y son gente animosa en el agua, porque están mas exercitados en ella; pero por la tierra á pié no son tan hombres. Es su tierra muy llana y de muchas savanas enxutas en el verano; y en el invierno por la creciente del rio que es muy grande, se alagan y cubren de agua y se extiende por todas ellas, de tal forma que no se puede andar sino en canoas dos ó tres leguas por las savanas, harponando y tomando pescado. Deste rio salen muchas lagunas de á dos y tres leguas la tierra adentro, y están todas pobladas, donde hay alguna disposición para ello, de tierra alta. Este grand rio se llama Yuma, y es muy poblado de gente.

Despues que con estos indios se ovo esta habla, y el gobernador se informó de lo que está dicho, y le paresió que no podia passar adelante con tan poca compañía, se volvió desde aquel pueblo de Çompachay, y no sin mucha murmuración de los soldados y contra voluntad de todos. Y desde á dos dias llegó á un pueblo de çondaguas, que se llama *Çonçilloa*, en el qual halló algunos pocos de indios, y pressentáronle algunas pieças de oro, aunque poco. Y partióse de allí el gobernador con su gente otro dia, y en otras dos jornadas llegaron á otro pueblo de los pacabuyes, donde avian estado primero, é llámase *Çenmoa* y hallaron los indios de paz, como los avian dexado. Y de allí passaron otro dia adelante dos leguas á otro pueblo, que se llama *Ixarán*, el qual está otras dos leguas de Pauxoto, ques desde donde el gobernador avia enviado al capitan Vascaña á la ciudad de Coro, como atrás se dixo, con el oro para que le traxessen mas gente. Y desde Ixarán envió á saber si avia venido nueva á Pauxoto del capitan Vascaña y de los veynte y quatro chripstianos que con él fueron, porque les avia dado tres meses de término para volver, y eran ya passados; pero ninguna cosa se sabia dellos, á causa de lo qual se ovo sospecha que les avia intervenido algun siniestro caso, ó se avrian perdido: y por tanto acordó de enviar veynte hombres á Coro y á Maracaybo con Esteban Martin, lengua y hombre diestro, y por capitan dellos, para que supiesen del Vascaña y de los otros chripstianos, y tamhien para que le truxesse mas gente. É ordenóle todo lo que avia de haçer, y mandó que le truxessen clavaçon y todo lo que convenia para haçer barcos, para passar aquel grand rio de Yuma, con esperança de allegar á aquellas grandes riqueças, de que estaba informado, y porque avia pensado de dexar fecho un pueblo de chripstianos en la tierra de los çondaguas ó de los pacabuyes. Con este despacho se partió el Esteban Martin, dia de Sançt Johan, veynte y quatro de junio de aquel año de mill é quinientos é treynta y dos años (24 de Junio de 1532.)

DESDE el pueblo de Ixarán, de donde el gobernador Ambrosio envió por gente á Esteban Martin, é á saber del capitan Vascaña, hasta la villa de Maracaybo, puede aver çinquenta leguas: al qual mandó que fuesse por el mismo camino que primero avian passado los chripstianos, porque era de buena gente poblada y estaban algunos pueblos de paz. Y el gobernador quedó en este pueblo de Ixarán, donde avia entrado á

los veynte de abril (20 de Abril); y porque la gente descansasse, estuvo allí hasta los nueve de septiembre (9 de Setiembre), y aun porque le fué forçado, porque estuvo la tierra muy anegada. É assi como vido quel agua se yba abaxando é la tierra dando mas oportunidad para campear por ella, acordó de gastar el tiempo, en tanto que le traian mas gente, en yr á unos pueblos questaban al otro cabo de Thamara, todos junto á la laguna, que se llaman *Potome*, *Çilano*, *Zomico*, los cuales estaban de paçes y daban oro y de los mantenimientos que ellos tenian, y en especial Zomico, el qual es muy poblado y abundante; y estas gentes ó pueblos estaban muy seguros. Tiene Zomico por todas partes la alaguna, y para entrar en él los chripstianos fueron quassi tres quartos de legua el agua quassi á la çinta y algo mas, y en partes, donde menos estaba baxa, les daba en las rodillas. Allí fueron bien rescabidos y el gobernador hizo juntar los indios prinçipales, y preguntóles con las lenguas qué tierra é poblaciones avia de la otra banda de la laguna, y todos unánimes y sin discrepançia dixerón las mismas nuevas que avian dado los otros indios de Çompachay.

A este pueblo llegó el gobernador á diez é siete de septiembre (17 de Setiembre), é partió de allí á çinco de octubre (5 de Octubre); é los indios deste pueblo, por el grand temor que avian de los caballos y de los chripstianos, ybanse de noche, penssando que los avian de comer, y algunos se tornaban de dia, porque es gente doméstica y no belicosa. Estos son de la naçion de los çondaguas. Viendo el gobernador que eran muchos mas los que se yban que no los que volvian, y que pocos á pocos se despoblaba el pueblo, mandó que quatro de caballo rondassen de noche, é otros algunos de pié: é assi çessó la fuga, y se estaban en su casa, que no osaban yrse á otra parte; pero todo esto era ponerlos en mas temor y sospecha.

Allí se halló un buhío á manera de mezuquita, ó casa de oraçion desta gente, dentro del qual estaban quatro palos hincados en tierra, teñidos de color roxa de brea, y ocupaban quarenta piés de espaçio en quadro, porque de un palo á otro avia diez piés; y estaban çercados de mantas pintadas, y las cabeças de los palos tenian sendos rostros de hombres de relieve entallados y pintados de la misma color. Y dentro deste entoldamiento ó quadra estaba un cuerpo muerto de un indio, metido en un atahud de madera y muy bien hecho, y envuelto aquel difunto en dos mantas blancas de algodón, y el atahud colgado de otra manta blanca, y de fuera de la cámara estaban dos *catauros*, que son á manera de çestas llenas de corteças de ençiensso ó de tales arboles, que olian como ençiensso y á manera de goma mezclada allí con ello, del mesmo olor; y muchos arcos y flechas á la redonda colgados, y muchas cosas de rescate de las que en aquella tierra se tractan colgadas dentro de la quadra; é fecha una puerta de las mesmas mantas, por donde entran á ella. Y un poco mas alto que el atahud estaba un canastico ancho que llaman *nanari*, lleno de oro, en que avia dos petos ó armaduras semejantes á peto de oro, con tetas muy bien labradas, que tomaban todo el pecho

de un hombre (la una destas pieças redonda y la otra escotada para el asiento de la garganta), y un collar muy gentil, y otra pieça á manera de taça, con su sobrecopa, de oro todo lo que es dicho. Y deçian los indios que de aquella manera tenian todas las vasijas, en que comian los indios de la otra parte del agua ó rio de Yuma, y assimesmo sus armaduras y *duos*, en que se assientan, y los hierros de las lanças. Tambien hallaron un peyne engastado en muy fino oro, y çiertos çarçillos y manillas y otras pieças, que en todo ello ovo mas de dos mill pessos de oro. Deçian los indios que, quando algund señor indio prinçipal moria, se le ponía todo el oro que tenia y sus joyas junto al cuerpo del difunto, y que aquel questo tenia, avia seydo señor de aquella tierra.

En estas partes de la Tierra-Firme en muchos lugares arman los reyes ó caçiques y señores indios prinçipales, no solamente la cabeça, pero la mayor parte de la persona, se cubren de armas de oro, como aquí se paresçe en estos petos que es dicho de susso.

Tornando al gobernador Ambrosio y su gente, desde aquel lugar Zomico dieron la vuelta por los pueblos arriba dichos; y viendo que la tierra era trabaxosa por ser invierno, y las poblaciones grandes y con mucha gente y los chripstianos pocos, puesto que aquellos indios eran assaz mansos y se mostraban domésticos, andaban temporizcando por aquellos lugares que avian ya estado, esperando que passassen las aguas, que eran muy grandes, y que Esteban Martin volviessse de Coro, penssando haçer grande haçienda, en confiança de passar adelante con la gente que truxese. El qual despues que se partió del gobernador, atravessó por el valle de los pacabuyes y passó por los chiriguanas y bubures, y por el mismo camino que avian primero passado los chripstianos con Ambrosio, su gobernador, ó por allí çerca; y donde hallaba indios de paz, deçia quel gobernador venia allí çerca, por passar seguro con sus compañeros adelante. Y tardaron treynta y quatro dias hasta llegar á la villa de Maracaybo, y desde allí enviaron á Coro, para que el teniente Bartolomé de Santillana enviassse á Maracaybo la mas gente que pudiesse al gobernador. Y entre tanto que los de Coro yban á Maracaybo, acordaron los de aquella villa de entrar con Esteban Martin y los que llevaba á la tierra de los onotos, que estaban de guerra, y despues quel gobernador avia ydo de Coro avian muerto catorçe chripstianos en un rio, viniendo en unas canoas: y en aquella entrada le dieron çinco flechaços al Esteban Martin; pero hicieron daño harto en los indios onotos. Tardaron de llegar la gente de Coro hasta Maracaybo treynta y dos dias, y hallaron en la cama á Esteban Martin: pero esforçose lo mejor que pudo, y aunque no estaba bien sano, partió con ochenta y dos hombres, que llevó de ambos pueblos, y fué donde el gobernador Ambrosio estaba: al qual halló en Zomico al tiempo que de allí se queria partir, el qual pueblo es de çondaguas.

